

La Puerta del desierto

El oasis de Jaisalmer brillaba, radiante, bajo el sol de mediodía.

—¡¡Uuuna caravaanaa!! —gritó Mateo desde lo alto de la torre.

Mateo tenía siete años y una vista de águila.

Por eso, desde aquella atalaya, vigilaba la llegada de viajeros.

Él mismo había reclamado aquel trabajo.

En el oasis era muy útil conocer cuanto antes la llegada de una caravana.

Así tendrían tiempo de hacer los preparativos para recibirla.

Al niño le gustaba subir a la torre.

El ruido de sus pasos ahuyentaba las aves que anidaban en los huecos de las piedras.

Un alboroto de alas y de trinos lo acompañaba cuando corría escaleras abajo para informar de lo que había visto.

Aquella torre, y una muralla ruinosa, era lo único que quedaba de la antigua fortaleza construida para proteger la ruta del desierto.

Los primeros viajeros llegados de Oriente la llamaron Jaisalmer que, en su idioma, significaba «La Puerta del Desierto».

Hacía mucho tiempo que las tropas abandonaron la ciudadela.

Hacía mucho tiempo que Leví, el padre de Mateo, había tomado posesión de aquel oasis.

Hacía mucho tiempo que el floreciente oasis de Jaisalmer se había convertido en paso obligado de la ruta de las caravanas.

Mateo era el único niño que vivía en el oasis.

Pero eso no le importaba.

Él no conocía la soledad, ni el aburrimiento.

Allí tenía a su familia y a todos los que trabajaban en Jaisalmer.



Tenía el trasiego de personas, animales, mercancías...

Y todos los preparativos que rodeaban la llegada y la partida de las caravanas.

Por eso, el pequeño Mateo era feliz en La Puerta del Desierto.

Desde lo alto de la torre, su mirada volaba sobre la arena hasta perderse en el horizonte de dunas.

Le gustaba recibir a las caravanas, hablar con los viajeros y los mercaderes, con los aventureros y los peregrinos.

Su mirada acompañaba el ir y venir de los animales y el trajín multicolor de las gentes que montaban las tiendas para resguardarse del frío de la noche.

Y sus oídos se llenaban con el grito ronco de los camellos, que saludaban la alegría fresca del agua.

Mateo aguardaba con ansia el atardecer.

Entonces, los viajeros se reunían alrededor del fuego para contar la historia de sus vidas y

todos los relatos que el viento del desierto llevaba entre sus dedos.

Mateo, con los ojos muy abiertos, escuchaba historias de misterio y encantamientos, de caballos alados y alfombras voladoras, de princesas hermosas y de genios malvados que acechaban encerrados en lámparas y botellas.

Todos los días lo mismo; pero cada día diferente.

Diferentes gentes, diferentes historias.

Al oírlas, Mateo sentía que su mundo se ensanchaba.

El niño necesitaba aquellas historias para alimentar sus sueños.

Y las bebía con ansia, como cuando se refrescaba en el estanque al descender acalorado de la torre.

En torno al oasis, Mateo había creado un mundo hecho de sueños.

Edificios y ciudades construidos con palabras.

Personas y animales que existían porque alguien los había nombrado.

Árboles y mares con olas de palabras, que chocaban contra unos acantilados formados por letras y por sílabas.

El niño leía en los labios de los narradores igual que en un libro abierto.

Era el libro de la vida que palpitaba fuera del oasis.

Un mundo que él no echaba de menos. Pero que le servía para completar el suyo.

Con todas aquellas historias, el mundo de Mateo se agrandaba.

Por eso, estaba atento a la llegada de las caravanas.

Por eso, pasaba tanto tiempo subido a su torre vigía.

Desde lo alto de aquella torre, su mirada volaba sobre la arena hasta perderse en el horizonte de dunas.

Trataba de descubrir, antes que nadie, una silueta o la nube de polvo que anunciaba una caravana.

A Mateo le gustaba descubrir la llegada de una caravana; pero, también, perder su mirada sobre la arena vacía.

Eran dos sensaciones muy diferentes.

Cuando veía una caravana, el corazón saltaba en su pecho por la impaciencia.

Necesitaba saber quiénes llegaban y qué era lo que transportaban.

Si venía en ella el Mago de la Palabra, el hombre que no conocía el olvido y atesoraba en su mente todas las historias. Él siempre viajaba, sobre un camello blanco, en un palanquín con parasol rojo y flecos dorados.

Sin embargo, con la caravana que llegó aquel día no vino el Mago de la Palabra.

Tampoco transportaba mercancías exóticas o valiosos tesoros, que podían encerrar la promesa de peligrosas aventuras.

Mateo lo supo porque era una caravana pequeña que viajaba sin escolta.

Sin duda transportaban sal, provisiones y algunas piezas de tela ordinaria para hacer mantos.

Mateo se resignó, como tantas otras veces.

Aquella noche se acostaría temprano o se tumbaría a la orilla del estanque, arropado con una manta, para contemplar las estrellas.

En los últimos tiempos, lo hacía con mucha frecuencia.

Sobre todo, desde que descubrió una estrella misteriosa que cruzaba el cielo dejando tras ella una estela luminosa.

Mateo pensó que era como una flecha, que señalaba un camino en el cielo para no perderse en medio de la noche.

Pero lo más curioso era que aquella estrella misteriosa aparecía también durante el día.